

# EL OTRO Y YO

**ANTONIO PEREIRA**

*Antonio Pereira, leonés de madre alavesa, es un escritor confirmado con una trayectoria que comprende la poseía "Contar y seguir" publicado en Plaza & Janés, y la narrativa con novelas como "La costa de los fuegos tardíos" y "País de los Losadas". Con pulso firme, esta narración se inscribe en un volumen de inminente aparición "Los brazos de la i griega" destacando la morosa ironía y el aliento del erotismo.*

No sé si debo escribir una historia cuya gracia es dudosa y, que además, me deshonra un poco. En la carretera que va de Roma a Perugia, ya cerca de Assisi, funciona un parador que se llena todos los días al terminar la tarde, para vaciarse con idéntica seguridad a primera hora de la mañana. Entre sus efímeros ocupantes puede haber algún viajante de comercio o cualquier viajero corriente que se traslade para sus asuntos, pero la mayor parte está hecha de turistas de paso, o de peregrinos turistas que es lo que abunda. El paisaje umbro era hermoso desde la ventana de mi habitación y no había movimiento durante el día, de manera que me quedé algún tiempo. A nada que la suerte ayudase, sería la conclusión de mi estudio trabajoso sobre Guinizelle.



Una mañana en que madrugué algo más que de costumbre, supe que mi aseo personal estaba coincidiendo con el del huésped de al lado. No se había dado esa circunstancia en los días que llevaba alojado, cómo podría imaginar que el tabique de azulejos limpios y claros tuviera esa miseria de construcción. Era reconocible el cepillado de los dientes. Después, el aguacero de la ducha. Después el zumbido de la máquina de afeitar.

Bueno, en realidad, yo podía esperar.

Me tumbé sobre la cama deshecha. Encendí un cigarrillo, con la experiencia de que pronto en el parador no quedaría otro acompañamiento que el de los pájaros.

Terminé de fumar y volví al cuarto de baño. Es la

ocasión en que más estimo la tranquilidad, el que no me interrumpen, no haya ruidos. Empezaba a disfrutar de estos beneficios cuando al otro lado sonó un pedo fenomenal. Seguro que me sonreí. Es idiota, pero nos han enseñado que un pedo es una cosa cómica. También ocurre que es un fenómeno que raramente se presenta aislado, Como en los seísmos, el primero suele anunciar al segundo. El segundo llegó. Fue más amplio, inequívocamente viril, y estuvo seguido de la risa aprobatoria del propio autor, viniendo a través de la pared. El tercero, recuerdo, se demoró un poco. No fue uno, sino una escala de tres o cuatro notas con ese embromamiento que no pueden evitar los instrumentos de viento, incluso si interpretan una obra delicada de Mozart o de Beethoven. Aquí sorprendentemente la risa que estalló fue una risa doble. O sea, dos risas sincrónicas, pero discernibles. La risa fija de un hombre y la risa femenina y cómplice que se trasladaba de un lado para otro, seguro que un matrimonio con muchos años de convivencia.

En la explanada del parador esperaba el último autocar de aquella mañana, yo lo había observado desde mi ventana con su pancarta en la que “la cuna de San Lorenzo de Brindisi” saludaba a la “cuna de Nuestro Padre San Francisco”, el autocar se iba llenando de gente animosa: un grupo de viajeras sin hombre agrupaban adictas alrededor de su fraile, y parejas maduras dándose mutuamente para los bultos de mano, empujándose como chicos y bromeando. De manera que pronto se habrían marchado todos, y por supuesto, mis vecinos incógnitos, para no volver por aquí jamás.

Ahora llegamos a mi vergüenza.

Esta es una confesión odiosa, que empalma con mi juventud de chico de pueblo. De un pueblo en que el jefe de la Oficina Postal le pedía cada noche la llave a la patrona con un estampico y la patrona le tiraba la llave por el balcón. En que al abogado Camogli, con unas copas de anís, le salían bordadas las primeras notas del *Avanti camerati!* Donde hubo que dar tres puntos de sutura a un ferroviario, que se esforzó en una apuesta... Ellos, los de al lado, tenían que estar recogiendo los últimos chismes del aseo, ya se estaban apagando sus risas. Entonces, sentí el orgullo de un italiano del norte, frente a esa gente de Apulia. Una afirmación solemne, un acto de presencia y de desafío es lo que lancé al aire en nombre de los míos y en el mío propio. Se hizo del otro lado un silencio, se me ocurrió que era un silencio estupefacto. Pero en seguida estalló la risa continua, o sea, las dos risas que no necesitaban de ninguna palabra para comprenderse. Pensé que perderían el autocar. Un duelo ciego y al mismo tiempo jovial se entabló entre los dos baños vecinísimos, indecente, pero caballeroso, donde los combatientes no nos quedaba fuelle para reírnos y era solo la risa de la mujer, una risa neutral y repartida, eso tengo que reconocerlo.

A media mañana, me había olvidado yo de toda esta historia, en la obsesión de unas canciones amorosas del siglo XIII. Había aplicado mis análisis a la tantas veces analizada *Al cor gentil ripara sempre amore*, con alguna excursión investigadora por el Purgatorio de Dante. Ahora, un poco cansado, vería desde la ventana el aparcamiento

y debajo de uno de los sombreros estaba casi sólo mi coche. Al fondo se extendía el campo verde y sereno, con ondulaciones que no llegan a las montañas y me estaban llamando para una caminata que solda [sic] ser lo más estimulante del día. De manera que adiós al exquisito Guinizelli, la amada angélica y los amantes que nunca conocían las miserias del cuerpo.

Cogí la llave de la habitación. El pasillo olía a quieto y limpio. Las puertas todas aparecían alineadas y obedientes como las celdas de un convento silencioso y así seguían hasta que el atardecer volcara su cargamento de viajeros. A mitad del pasillo, sentí el escrúpulo como se siente en la espalda un dolor tolerable muy conocido; lo estuve dudando; para qué resistir; me di la vuelta por comprobar las luces y los grifos cerrados, de sobra lo sabía yo. Y otra vez silbaba dejando mi cuarto no sé qué musiquilla, como dueño feliz y único de aquel mundo.

Detrás de mí se cerró mi puerta. Detrás de una mujer, en el mismísimo momento, se estaba cerrando la puerta de al lado. Las dos puertas se tocaban casi. La mujer y yo no nos habíamos visto nunca. Nos reconocimos.

-Buon giorno, signora.

Ella me contestó con una cortesía azorada.

-Oh, buon giorno, signore.

Yo podía retroceder fingiendo un olvido, por qué no una comprobación más, cuando se es tan maniático. Ella no sé lo que pensaría. Lo que hicimos fue echar pasillo adelante, no en pareja, yo siguiéndola a dos pasos avergonzados. El pelo le flotaba al andar, era un andar joven pero un poco estirado, como si quisiera ser digno por encima de todo. De la misma manera bajamos la escalera alfombrada. En el desembarque mismo de la escalera nos vimos reunidas cuatro personas, sin tiempo para mi huida al campo, donde ahora quisiera perderme.

-Les gustará conocerse – dijo el administrador oficioso-: el doctor Brunerer de la Universidad de Berna y la señora Brunerer; el señor (aquí mi apellido), que trabaja en la literatura.

-Me alegra- dijo Brunerer-. Llegamos anoche y esta mañana pareció que no quedaría nadie...

La señora Brunerer miraba inquieta al doctor Brunerer. El doctor Brunerer es vigoroso y calvo, con unos ojos sonrientes detrás las gafas de montura sólida. Debe de haberse casado con su secretaria, quizá su alumna.

-Y en qué se ocupa usted concretamente- quiso saber

-En Guido Guinizelli.

-¡Ah, querida, he aquí un amigo!- Y a mí-: Mi esposa tiene ascendientes en la Toscana, qué poetas más espirituales, los poetas del dolce stil novo.

Ella me agradeció, con una inclinación de cabeza.

-Usted no entenderá el motor de un Volkswagen- dijo ahora Bruñere. Pero no esperó mi respuesta- La verdad es que no me apena mucho el quedarme.

-El señor lleva ya unos días con nosotros- dijo el administrador, señalándome con orgullo

-También yo traigo algo en que trabajar, el hotel es grande- comentó el de Berna con buen humor-, sería mucha casualidad que nos oyéramos el teclear de la máquina

La señora se había vuelto definitivamente pálida, una blancura muy atrayente alrededor de la boca encarnada y fresa. Estaba claro que necesitaba un aparte con su marido y no encontraba la solución airosa. El bravo profesor suizo, aún no sabía. Ella, de la misma manera que yo, sí sabía.

Lo decidí en el acto:

-El caso es que he equivocado mis cálculos y tendré que marcharme antes de lo previsto. En realidad, debo partir ahora mismo, bajaba a que me prepararan la cuenta. De verdad que ha sido un honor.

Solo debo añadir que, por una elemental delicadeza, el apellido Bruñere es inventado. También yo agradecería ver cambiado el mío, en el caso nada improbable de que a él, a Brunerer, se le haya ocurrido contar la misma historia, pero desde el otro lado de la pared.